

despues fuése para su posada, do falló la cena muy bien aderezada, é muy abastada de manjares diversos, muy bien é mucho apuestamente. E cuando el Emperador hobo cenado, los juglares vinieron luego ahí, cada uno con sus instrumentós, é otrosí los que sabian cantar, é comenzaron el alegría tan grande, que en todo el día no había seido mayor ni tamaña. E cuando esto hobo durado una gran pieza de la noche, fuéronse todos para sus posadas.

CAPITULO CXLI.

Cómo el conde Eustacio de Boloña envió á su tierra por haber é por hombres para hacer sus bodas.

El conde Eustacio, de que vos ya dijimos, despues que fué desposado con Ida, la hija del caballero del Cisne, por la mano del Emperador, como ya oistes, envió luego cartas por toda su tierra, que todos aquellos que eran sus parientes é sus vasallos que se viniesen para él, que supiesen ciertamente que era desposado con Ida, la muy hermosa doncella, hija del caballero del Cisne é de la duquesa Beatriz de Bullon; é que queria hacer luego sus bodas, é envió á mandar que le trujiesen el mayor haber que pudiesen. E cuando ellos oyeron este mensaje plúgoles mucho; é luego movieron todos, cada uno lo mejor guisado é mas apuestamente que pudieron; é fueron ayuntados el sábado despues de la Cincuesma en Dovay, é había entre ellos de hombres honrados el castellan de Sant Omer, é era ahí, otrosí, el conde Guinas é el conde de Ruan, é de otros caballeros bien cuatro mill ó mas, muy bien ataviados todos, á gran maravilla, de caballos é de armas, é de todas las cosas que perteneían para tal fecho como aquel, é para todo otro que menester fuese. E llegaron á Cambray aquel día mesmo que el Conde lo mandara; pero ante los fué él á recibir una gran jornada, é hizo muy gran alegría con ellos cuando vió que le venían tan bien é tan apuestamente é tan buena compañía. Mas entre tanto, otrosí, la duquesa de Bullon no se estuvo de balde, ante aparejó á su hija Ida con otras muchas doncellas tan apuestamente é tan bien, que apenas lo podría hombre contar; é envió por todos sus vasallos, los que ahí no eran, á su tierra, que le vinieron, otrosí, muy ricamente aderezados, aquel día que llegó la compañía de Boloña á Cambray, do era el Emperador, é fueron muy bien recibidos é aposentados, é hobieron todo lo que les fué menester muy complidamente. Otro día en la mañana, despues de la misa, el Conde levólos ante el Emperador; é ellos, cuando llegaron ante él, homillárousele todos é besáronle el pié; segun la costumbre imperial. El Emperador preguntó quién eran al Conde, é él contóle los nombres de cada uno dellos, é qué hombres eran, é qué compañía traían, é dónde eran naturales, é qué poder habían. Cuando el Emperador lo supo, é entendió todo su fecho, plúgole mucho, é fizoles mucha honra, é dábales que vistiesen de sus paños muy ricos por amor del Conde; é fué á oír misa con ellos por les hacer mayor honra; é despues que fué dicha, fuése para su palacio, do tenían la comida muy grande é muy rica é muy bien guisada; é fueron tan bien servidos de todas las cosas que les fué menester, é de que serlo debiesen, que esto no se podría tan ligeramente contar.

CAPITULO CXLII.

Cómo levaron á la iglesia al conde Eustacio é á Ida.

Lúnes, otro día despues de las ochavas de la gran fiesta de Cincuesma, á cuya honra el Emperador tovo esta gran corte en la villa de Cambray, como ya oistes, mandó el Emperador ayuntar toda su corte de alemanes, é de franceses, é de lombardos, é de todas las otras gentes que ahí eran, é de muchos hombres honrados que venieran de todo su imperio; é vino ahí el conde de Boloña con toda su compañía, tan bien aderezada, que mejor no podría ser; é de la otra parte la duquesa de Bullon, que trajo á Ida, su hija, tan bien vestida á ella é su compañía, que maravilla era de ver, é venían con ella muy gran pieza de caballeros de muy buena caballería; mas los paños que Ida traía, é la silla é el freno, esto sería muy gran cosa de contar de cuán ricos eran é de tan gran precio. E venia sobre un palafren tan albo como una nieve, é había la erin é la cola tinta con azafran, que semejaba de color de oro, é traíanla por la rienda dos condes, el uno había nombre Gudufre é el otro Yugo; é cada uno dellos era hombre mucho honrado é de gran poder; é desta guisa fueron fasta la iglesia. Los ruidos de las grandes alegrías que allí iban haciendo eran tamaños, que no se podían oír unos á otros, de trompas, é de añafles, é de atambores, é de otros instrumentos de juglares, de tantas guisas, que no es hombre que lo pudiese decir; é de la otra parte iban los caballeros mancebos, los unos bofordando á escudo é á lanza, é los otros haciendo justas, é sus trebejos muchos en manera de tonear, é en todas otras maneras que de caballería podían sacar; otros de la gente de pié iban esgrimiendo, otros tumbando é haciendo unos juegos tantos é tan extraños, é de tan diversas maneras é en tantas guisas, que las gentes estaban como bobos mirándolo. E cuando á la puerta de la iglesia llegaron, el Emperador fizoles jurar en mano del obispo de aquella ciudad; é luego allí entregó al conde de Boloña el ducado de Bullon por una piertega de oro; é despues que fueron jurados, é esto fué fecho, el Emperador tomó por la mano á la doncella, é el Obispo al Conde, é metiéronlos en la iglesia con gran procesion. Muchos altos hombres fueron ahí aquel día, é de otros caballeros tantos, que muy grave cosa sería de contarlos. Allí fueron fechas grandes ofrendas é muy ricas, de oro é de plata é de sortijas, en que había gran virtud, é de otras joyas de gran precio; é fueron fechas limosnas ahí muy grandes en caballeros é en dueñas pobres, é en toda la otra gente que lo querían tomar; ca lo daban muy abastadamente, de la una parte los del Conde, é de la otra los de la duquesa de Bullon é de su hija, que no facían menos á su poder; é fueron ahí dados muchos dones é muy grandes de paños, é de caballos, é de espadas muy preciadas, é de azores, é de falcones, é de gavilanes, é de todas las otras aves de caza, é de otras dones, tantas é tan ricas, que no es hombre que las pudiese poner precio; las cuales hizo el Conde repartir en cuanto la misa se dijo, ca se cuidaba luego ir para Boloña con su mujer. E cuando esto hobo fecho, é la misa dicha, muy altamente é muy de vagar cantada, el conde Eustacio de Boloña fué los hinojos ante el Emperador, é pidióle

merced que le dejase ir para su tierra con su mujer, ca todas sus cosas tenían aparejadas para irse luego; mas el Emperador le respuso que esto no era justo, ni cosa que él debiese hacer dejarle partir desí el día de su boda; ante tenía por bien que fincase allí aquel día, é que comiese con él, é que fuesen las bodas en el su palacio, é él que le faría toda la honra que le hacer pudiese; é otro día que se fuese é levase su mujer en buena hora, ó que fincase ahí, si le mas pluguiere; é tanto le rogó esto el Emperador, que gelo hobo de otorgar el Conde, pero esto mucho contra su voluntad. E luego salieron de la iglesia, é fuéronse con todas aquellas alegrías é aquellas honras faciéndole delante; é el Emperador levólos consigo á su palacio, é hizo descender al conde de Boloña consigo é á Ida, su mujer, é levóla á la Emperatriz, la cual trabajó por le hacer toda la mayor honra que hacer pudo ni podría ser fecha á ninguna alta dueña. E fué ahí con ella su madre, la duquesa Beatriz, que lloraba muy ahineadamente en dos maneras: la una con placer de que veía á su hija casada así como el ángel dijera, é la otra de pesar que había, membrándosele de cómo perdiera á su marido, cuidando en cuánto placer amos hobieran si él aquellas bodas viera; mas ya aquello no podía ser; ca porque le perdió por su locura, nunca despues quiso Dios que lo cobrase.

CAPITULO CXLIII.

De las grandes bodas que fueron fechas en aquella corte del conde Eustacio é de su mujer, é de cómo aquella noche quedó emparejada Ida del noble Gudufre, que hizo muchas maravillas.

Mucho grande fué el alegría é la fiesta que aquel día hicieron todos comunmente en la cibdad de Cambray; é asentáronse á comer el Emperador, en su palacio, é el conde Eustacio cabe dél; é aquel día sirvieron quince condes ante el Emperador, de los mas honrados que eran en toda la tierra. Los manjares que hobieron ahí de cuántas guisas, esto sería muy luenga cosa de contar; otrosí de cuán ricamente fueron servidos, é á tan grande honra, é cuán á placer desí; é otrosí la Emperatriz é Ida, la nueva duquesa, é su madre Beatriz con ella, allá de su parte do estaban. E despues que fueron alzadas las mesas, fué todo el palacio lleno de juglares, é los unos cantaban, é los otros tañían instrumentos, é los otros facían juegos de tantas maneras, que todos estaban envueltos en alegría; é de la otra parte leían hestorias é romances é gestas, é jugaban ajedreces, é facían todas las cosas en que entendían que placer podían tomar é hacer honra al nuevo duque de Bullon é á la nueva duquesa é condesa de Boloña; é desí contra la tarde salieron los caballeros á bofordar é á hacer sus alegrías muy grandes; é esto todo duró bien fasta la hora de las vísperas, é entonce se fué el conde Eustacio para su posada, é el Emperador quedó en su palacio. E como quier que el conde Eustacio, en cuanto la misa duró, diera muy grandes dones é muy ricos, pensándose ir luego, como ya oistes, sabed que despues en ese día fueron dados muy mayores é muy mas ricos, tan bien del Emperador, como del Conde, como de todos los otros que á aquella fiesta vinieron é que lo hacer pudieron; así que, muchos vinieron ahí pobres, que fueron muy ricos é bien andantes ante que la corte fuese

partida, é cuando vino la noche fuéronse todos á sus palacios do posaban. E el conde Eustacio se fué para el palacio del Emperador, é el Emperador fizole levar á una su cámara muy rica é muy hermosa, que era maravillosamente obrada, en que estaba una cama tan rica é tan bien fecha, que extraña cosa sería de contar la facion della ni de la su obra. E la cámara era toda emparamentada en derredor de las paredes é por encima del techo, é yuso en el estrado otrosí, de unos paños tan ricos é de tan sutil obra, que hombre non lo sabría decir de cuán grande precio eran. En aquella cámara hicieron echar al conde Eustacio de Bullon é á la muy hermosa Ida, hija del muy noble caballero del Cisne; pero ante vino ahí el Obispo que los veló, é les bendijo la cama é dijo muchas buenas oraciones por ellos; é despues que se fué, quedaron amos en uno, é entonce conoció primeramente por mujer el conde Eustacio á la muy hermosa Ida. E así quiso Dios que en aquella hora fué ella emparejada del noble Gudufre, que fué duque de Bullon, é despues rey de Hierusalem, que hizo las grandes maravillas de armas en la tierra de Ultramar, así como adelante lo contará la hestoria.

CAPITULO CXLIV.

Del sueño que soñó la primera noche Ida é de las voces que dió, é cómo lo contó al Conde su marido.

Cuando el conde Eustacio é Ida, su mujer, hobieron folgado á su placer una gran pieza, adormeciéronse amos. Mas la dueña comenzó á soñar un muy extraño sueño é muy maravilloso: soñaba que era en la cibdad de Hierusalem, é que estaba de piés sobre una piedra de mármol, ante el templo de nuestro Señor, é miraba con mucha atención al sepulcro. En esto veía que el templo que era lleno de ratones é de murciégalos; así que, apenas podría hombre andar por él, que los piés no pusiese sobre ellos. E en cuanto los ella así estaba cantando, salíale á ella por la boca un grifo é dos águilas muy grandes é muy fieras é muy extrañas á gran maravilla, é aquellas dejábanse correr luego, é mataban todas aquellas bestias malas que fallaban en el templo, é echábanlas fuera, é dejábanlo todo muy limpio, é el sepulcro de nuestro Señor otrosí. E despues desto, veía que habían fecho sobre el altar lechuzas é buhos sus nidos; así que, estaba todo como dañado dellos. E en esto venían volando el grifo é las dos águilas, é echaban fuera todas aquellas aves, así pequeñas como grandes, que no dejaban ahí ninguna. E despues venían á ella todos tres, é tomábanla por fuerza en peso, é subíanla encima de la torre de David, onde veía toda la cibdad é la tierra en derredor; é estando así allí, posábanle amas las águilas en las espaldas, la una en el hombro diestro é la otra en el siniestro, é poníanle en la cabeza una corona de oro muy rica; mas el grifo la picaba tan fieramente sobre los pechos, que le sacaba el corazon é todo lo que en el vientre tenía, é tenía lo colgado del pico, é volaba con ello tanto, fasta que salía por medio de las puertas que llaman Áureas, por do entró nuestro Señor el día de Ramos en Hierusalem; é andaba así cercando los muros é la villa con ello en derredor, volando á tanto, que toda la encerraba la villa é los muros á ella dentro en el cuerpo. E desta vision hobo la dueña tan

grande miedo, que no pudo estar que no diese muy grandes voces; así que, hobo á despertar el Conde, su marido; é fué dello mucho espantado, é preguntóle qué hobera, que así diera aquellas voces tan grandes; é ella respondióle muy vergonzosamente que no fuera de su grado, mas que soñara un tan extraño sueño por que lo hobera á hacer por fuerza; é él demandóle cuál fuera; é ella gelo contó todo bien de cómo lo soñara; é cuando el Conde lo oyó, díjole así: «Dueña, esta vision debiéradas preciar mucho, ca aun, si Dios quisiere, saldrá de vos atal linaje por que siempre serémos honrados por todo el mundo, é que habrán en su poder la santa ciudad de Hierusalem, do Jesucristo tomó muerte por nosotros.» E ella respuo que mandase Dios que así fuese. E entonce el Conde é la Condesa fincaron los hinojos é hicieron su oracion á Dios, rogándole que por la su muerte quisiese que fuese así como gelo él había dicho.

CAPITULO CXLV.

Cómo el conde Eustacio envió á la condesa Ida á Boloña con el conde castellan Guron, é con el conde señor de Guinas.

Desde esta oracion hobieron acabada, el conde Eustacio é la Condesa, su mujer, departieron un rato, é desí adormiéronse fasta en la mañana, que el sol fué salido. E entonce se levantó el Conde, é mandó á toda su compañía que cabalgasen, é fué á oír la misa con el Emperador á la mayor iglesia de la villa. E la Emperatriz fizo aderezar baños para la condesa Ida, é todas las otras cosas que entendió por que mas viciosa la podría tener; así que, muy mayor fué la honra é la alegría que el Emperador é la Emperatriz hicieron al Conde é á la Condesa aquel día, que no habían fecho el de ante. E el Emperador les dió muy crescidamente de su haber, é otros dones muchas é muy ricas; é la corte fué tan abastada de todas las cosas que convenia, que mas no lo podría ser; é fueron ahí dados muchos dones é grandes á maravilla, tan bien á la partida como en el comienzo; é despues desto, el conde Eustacio mandó á la condesa Ida, su mujer, que se fuese para Boloña, é envió con ella el conde Guron, que era señor de Guinas, é otrosí el castellan de Boloña, que era mucho honrado hombre. Pero ante metieron á la duquesa Beatriz, du uera de Bullon, su madre de Ida, monja con muy grande honra, do fizo siempre una tan santa vida, que sería muy grave cosa de creer á ningun hombre que lo dijiese. E entonce se partió la corte, é el Emperador se fué para Acilacapeolla, é levó consigo al conde Eustacio de Boloña, é allí le fizo homenaje de la tierra que tenía dél, é se tornó su vasallo, é otro día despedióse dél, é fuése para el ducado de Bullon; é el Emperador fincó en Acila por muy grandes fechos que tenía de librar.

CAPITULO CXLVI.

Cómo el conde Eustacio de Boloña fué á Bullon, é cómo se apoderó del ducado, é cómo dejó en su lugar á Yamome (1), discreto, é se fué para su mujer.

El conde Eustacio de Boloña, de que ya oistes, despues que fué partido del Emperador, é llegó á la tier-

(1) Así en el impreso fol. LXVI v.; pero quizá haya de leerse «á Yamo, ome discreto»; mas adelante se le llama «Jamome».

ra de Bullon, entró en el ducado é apoderóse dél, é recibió la villa de Bullon é el castillo é todas las fortalezas, é la otra tierra toda que al Duque pertenecía, do fué muy bien recibido é con grandes alegrías, pero no tamañas como pudieran ser; ca el gran pesar, é deseo que habían del caballero del Cisne, el su noble señor, que habían perdido por tan gran desventura, que aun no le habían olvidado ni les salia de corazon, no les dejaba extender á mostrar ninguno muy grandes alegrías; pero hicieron asaz tanto, de que el Conde fué muy pagado de todos, é él, otrosí, honrólos mucho á los caballeros é á los ricos hombres é honrados que ahí eran, é otorgóles todas sus tierras é sus libertades, é aun añadióles mas de las que ante habían, é fizoles mucho bien á todos comunmente, é á todas las otras gentes de su tierra, é otorgóles todos sus fueros, é otras muy grandes mercedes que les fizo; de guisa que todos se hobieron por pagados, é creyeron que cobraran muy buen señor. E todos los de la tierra juraron al Conde que le guardasen fé é lealtad, é lo sirviesen cómo á señor natural; é desto le hicieron todos homenaje, los unos é los otros. E desde esto hobo fecho, é puesto justicias é merinos por la tierra, cuales entendió que eran menester, é hobo aseogada la tierra, é endrezadas todas las cosas, por do entendió que el ducado estaría mas en paz é en justicia, é hobo ahí morado un mes, dejó á un caballero manebro en su lugar, que había nombre Yamome, que era hombre sábio, é muy entendido é muy buen caballero de armas; é mandóle que toviese toda la tierra en justicia é á derecho, é que no sofriese que ningun hombre á otro ficiese fuerza ni tuerto. E despues que todo esto hobo librado é ordenado muy bien é á placer de todos, despedióse de todos los caballeros é de sus compañías, á quien pesó mucho porque tan ahina los dejaba, é fueron con él una muy gran pieza, fasta que los él mandó tornar. E despues anduvo él tanto por sus jornadas, fasta que llegó á Boloña, que es cabeza del condado, é allí fué recibido de sus gentes con muy gran honra, é lo fuera, otrosí, su mujer Ida cuando allá llegó. E luego primeramente, ante que otra cosa ficiese, fué á la iglesia de Santa María é fizo su oracion, é luego fuése para su palacio, do lo atendia Ida, la condesa su mujer, que le recibió con muy grande alegría. E él cuando la vió hobo, otrosí, tan gran placer, que mayor non podría, é abrazóla é besóla muy amorosamente, como á la cosa del mundo que él mas amaba. E desde un rato hobieron estado en uno, é departiendo en muchas cosas é mostrándose muy gran amor, fuéronse asentar á comer él é su mujer; é despues que hobieron comido, fuéronse todos á sus posadas, é ellos fincaron amos en uno, é de muestra é de fecho todos placeres se mostraban uno á otro cuanto é los podían, é así estuvieron en uno toda aquella noche. E cuando vino otro día en la mañana fueron amos á oír misa á la capilla, é allí se despedieron dél todos los altos hombres que con él eran, é ahí vinieron por le hacer honra, é él fizoles á todos mucho plaacer, é todo amor que él pudo, é dióles de sus dones é de su haber cuando se hobieron á ir, é partiéronse dél muy pagados, é él fincó allí con su mujer la Condesa á gran sabor de sí.

CAPITULO CXLVII.

Cómo la condesa Ida parió un hijo, á que dijieron Gudufre.

Así estuvo el conde Eustacio de Boloña con la condesa Ida á tan gran vicio é á sabor de sí, é á tan gran placer, que ningunos hombres que se mucho amasen no lo podrían ser mas por ninguna guisa, por muy bien que se quisiesen. El honraba mucho la Condesa, no como á mujer, mas como si fuese señora; é esto facía él por el gran bien que conocía en ella, é por el santo linaje onde venia. E sin falla era tan buena en todas cosas, que no podría ninguno emendar, primeramente en creer bien en Dios, é amarle sobre todas las cosas del mundo, é despues amar á su marido é obedecerle mas que á otra cosa terrenal; é ella nunca perdía las horas, ante iba siempre á oír la iglesia; todo hombre cuidado que á ella veniese, ante que della se partiese iba alegre é conhortado; é ella era mantenedora de los caballeros é de las dueñas pobres en darles á comer é en los vestir; é ella era, otrosí, madre de los huérfanos, é de las viudas, é de los desamparados, é de todos los otros pobres, en acorrerlos en las grandes cuitas é darles con qué se mantoviesen. E por eso la amaban todos comunmente, varones é mujeres, así ricos como pobres, é grandes como pequeños. E ella era entonce preñada, así como ya oistes; é cuando vino al tiempo de parir, ante que llegase al gran peligro, confesóse é comulgó. E despues estuvo muy ahincada para morir; mas quiso Dios que al segundo día, cuando amanesció, que ella libre, é nació un hijo varon, que era la mas hermosa criatura del mundo, é fué despues maravilloso en armas é de grandes fechos, así como adelante oirédes. E luego que ella fué libre de su parto, é el niño fué nacido, diéronle bautismo, é recibiólo de mano del abad de Santa Joyosa é el abad de Santa María, que eran dos abades muy ricos é mucho honrados á aquella sazón en el condado de Boloña; é pusieronle nombre Gudufre, é diéronle padrinos mucho honrados. E despues que lo hobieron bautizado, trujiéronlo á la Condesa, su madre, que hobo muy gran alegría con él, cuando vió que gelo trujieron vivo é sano. E como quier que el Conde mandara catar quien le criase, la Condesa no quiso consentir que otra leche mamase sino la suya, por no le sacar de la buena natura onde él venia. E desta guisa lo crió ella fasta que fué tamaño, que no hobo ahí él menester de mamar mas. En cuanto ella estuvo preñada dél, ante que fuese oír la misa, ninguna dueña no podría ser mas viciosa de lo que ella era, de viandas, é de baños, é de vicios, é de ricas camas, é muy encortinadas, é de todas las otras cosas que para tal convenimiento de tal fecho pertenescen, é de todos los placeres le ahí ser mostrados. E cuando hobo cumplido su tiempo, é fué oír la misa á la iglesia de Santa María, aquel día fué ahí ayuntada muy grande corte de condes, é de altos hombres, é de otra gran caballería, é otrosí, duquesas, é condesas, é otras muchas altas dueñas é de alta guisa, é de otras dueñas tantas, que vinieran de toda la tierra por honrar á la condesa Ida. E fué ahí tamaño gente, que cuando otra ahí no hobiese, d'aquella fuera muy poblada la corte. E el Conde é la Condesa oyeron amos la misa, así como si entonce to-

masen bendiciones é casasen nuevamente. E despues que la misa fué dicha, tornáronse á su palacio, do fallaron la yantar muy grande é muy rica é muy bien adobada; é fueron muy bien servidos, é tan apuestamente é á tan gran honra, que apenas podría ser contado. E despues que hobieron comido, fuéronse todos á sus posadas; é á la tarde cabalgaron todos los caballeros, é bofordaron é hicieron muy grandes alegrías; é despues fueron á cenar al gran palacio del Conde, do fallaron la cena adobada muy ricamente é muy bien; E cuando hobieron cenado muy bien de gran vagar, venieron los juglares, é cantaron é tañieron sus instrumentos, que había ahí muchos é de muchas maneras; é eso mesmo hicieron en todo ese día, do fueron dados dones muy grandes á todo hombre que los demandaba é los hobo menester, é fechas grandes limosnas. E cuando así hobieron estado una gran pieza á sabor de sí, acogióronse para sus posadas todos. E otro día en la mañana, los altos hombres que ahí venieron por honrar aquella fiesta, é todas las otras compañías con ellos que ahí venieran otrosí, cabalgaron, é despidióronse del Conde é de la Condesa, é derramaron cada uno, é fuéronse para sus tierras. E el Conde, otrosí, cabalgó, é salió con ellos una gran pieza, honrándolos mucho é agradeciéndoles toda aquella honra que le vinieran hacer. Desí fuéronse ellos, é él tornóse para su mujer.

CAPITULO CXLVIII.

Cómo la condesa Ida quedó empuñada de otro hijo, á que dijieron Eustacio, é dende á otros tres meses despues que parió, hobo otro, á que dijieron Baldovin.

Despues que la corte fué partida, é se fueron de ahí todos los que á ella vinieron, todos para sus lugares, como ya oistes, el conde Eustacio fincó con su mujer, á que él de todo corazon amaba. E fué así: que aquella noche mesma fincó ella empuñada de otro hijo, á que pusieron nombre Eustacio, como á su padre ó como á su abuelo, padre del caballero del Cisne, padre de su padre, é fué muy buen caballero de armas á gran maravilla. E despues que aquel fué nacido, á cabo de tres meses, fué ella preñada de otro hijo, que hobo nombre Baldovin, que fué rey de Hierusalem despues de Gudufre, su hermano, que lo fué ante que él, así como adelante oirédes; ca, segun cuenta la hestoria, todos tres hijos venieron en dos años é medio; pero con todo eso, la Condesa nunca quiso consentir que á ninguno dellos diese leche otra mujer sino ella. E desto se maravillaban mucho todos los que lo veían, é muy mayormente su marido. Tanto crió la Condesa aquellos tres hijos, fasta que Gudufre, el mayor, hobo tres años; é fué tan hermoso é tan bien fecho en todas faciones, que maravillosa cosa era á quien lo veía; é los otros dos sus hijos lo eran tambien, segun su edad; é el padre é la madre habían tan gran sabor de verlos, é placiales tanto cuando los veían venir en uno é vestidos de una guisa, é habían dello tamaño alegría, que hombre no lo podría contar. Otro hijo hobieron, á que dijieron don Guillen, é este fincó en la tierra, é no pasó á Ultramar, así como la hestoria lo contará adelante, do cuenta la muerte del rey Gudufre, su her-

mano, é fallarlo hédes en el quinto libro, en el capítulo que fabla de su linaje, del cual dice la rúbrica é de qué linaje vino el rey Gudufre.

CAPITULO CXLIX.

Cómo la condesa Ida pugnaba mucho en criar sus tres hijos.

Destá guisa que habédes oído primero, punó en criar Ida, la condesa de Boloña, sus tres hijos, Gudufre é Eustacio é Baldwin, que nunca quiso que otra ama hobiesen que les diese teta, si ella non; é criábalos todos tres en uno, é tan bien los abastaba de leche, como si cada uno hobiese su ama. E ella se vestía de los mas nobles paños que mujer podía vestir, é junto cabo la carne estameña muy áspera, é los zapatos que calzaba eran de seda é labrados con oro é con piedras preciosas, los mas ricos que podrían ser. E de dentro, junto con la carne del pié metía siempre arena, la mas áspera é mas dura que podía haber, de guisa que siempre traía los piés rascados é llenos de ampollas; todo esto facía ella con gran amor que había á Dios, é á su marido trabajaba cuanto podía siempre de le facer placer é de serle obediente en todas las cosas que él mandaba, sin le errar ó ir contra su voluntad en la mas pequeña cosa que podría ser; mucho era piadosa á los pobres é á los cuitados, é limosnadera á todos los que lo habían menester, é muy ayunadora é oradora en todas las horas del día. Cada vez que iba oír la misa, levaba siempre sus hijos consigo, é rogaba á Dios por ellos, que les hobiese merced é que les diese seso é entendimiento porque le pudiesen facer servicio en aquello que á él mas pluguiese. E nuestro Señor oyó su oracion en tal manera, que ellos conquerieron después en Ultramar á Antioea, la tierra de Suria é la santa cibdad de Hierusalem, do nuestro Señor Jesucristo por nos recibió muerte; donde fueron los dos dellos reyes, así como adelante oiréis en la hestoria.

CAPITULO CL.

Cómo acaesció un día que mientra la Condesa estaba en las horas, que dió una ama á Eustacio, el mediano, á mamar, é después la Condesa gelo fizo echar, trayéndole al derredor.

De suso oistes ya en cómo la condesa Ida no quería que otra leche mamasen sus hijos sino la suya; donde acaesció así: que una fiesta de Navidad estaban el Duque é ella en su capilla oyendo maitines, que les decían cantados é muy solenes; é dejara todos tres hijos dormiendo, é mandara á una doncella que los guardase; é Eustacio, el mediano, despertó dando voces é llorando, así como los niños facen muchas veces; é la doncella hobo gran piedad dél, pensando que lo facía por mamar, é mandó á una ama, que criaba un su hijo de sí mesma, que le diese la teta que mamasen; é ella fizolo así, no cuidando que facía mal ni pesar á la Condesa; mas cuando ella vino de sus horas é fué á visitar sus hijos, é fallo á Eustacio que tenía todo el rostro mojado de la leche que mamará; é cuando lo vió, maravillóse mucho, é preguntó á la doncella qué fuera aquello; é ella, cuidando que le placiera, dijole así: que el niño lloraba por ma-

mar, é que ella ficiera á aquella mujer que le diera la teta. Cuando la Condesa lo oyó, fué tan triste, que mas no lo podía ser; así que, la color que había fermosa se le tornó amarilla é como encarnecida toda. E con gran pesar que hobo, fué tomar el niño en los brazos, é mandó tender sobre una mesa una colcha de seda, é echólo sobre ella é trájolo tanto á derredor rodando, fasta que le fizo echar la leche por la boca. E entonce tomólo é fizolo colgar por los piés, é estuvo así colgado fasta que hobo bien echado toda la leche que mamará. E cuenta la hestoria que, como era el niño tierno, que por el quebrantamiento que allí tomó, siempre después fué mas flaco en las piernas é en los piés. E la doncella que le mandara dar la leche, cuando esto vió, hobo muy grande miedo é ascondióse fasta que fué la noche, é después fuyó; así que, no osó tornar por muy gran tiempo, del temor que había de la Duquesa.

CAPITULO CLI.

Cómo un día que el Conde entró á ver la Condesa, é ella tenía sus tres hijos so el manto, é cómo no se quiso levantar á él ni ir aunque la llamó; é de cómo gelo dijo, é de la respuesta que le ella dió.

Así como oistes, la condesa Ida criaba aquellos tres sus hijos muy bien, é como les daba la teta ella mesma, é no quería que teta de otra ninguna mamasen sino la suya, no quería, otrosí, que hombre ninguno otro ni mujer los tomase en los brazos nunca ni los halagasen, sino ella mesma ó el Conde, su marido; é todo el día los tenía so el manto, abrazándolos é besándolos, é faciendo con ellos la mayor alegría que ser pudiese; acaesció así: que el Conde venía un día de misa, é falló la Condesa do estaba asentada en un estrado, é tenía so el manto sus hijos todos tres, é no se levantó á él, como solía, ni se meció de cómo estaba; é él Conde, cuando lo vió, tóvolo á muy gran maravilla é por muy extraña cosa, en facer nuevamente lo que contra él nunca ficiera. E entonce se fué asentar en un estrado otro, que estaba en cabo del palacio, que era muy grande, como que con saña, é llamóla que veniese á él, é ella, con todo eso, no se quiso levantar ni lo facer, ni se levantó de allí, ante se estuvo muy queda é muy calladamente, por no despertar sus hijos ni les facer enojo; que se habían adormido so el manto. Entonce el Conde fué muy sañado contra ella, é dijole como enojado: «¿Qué es esto, Condesa? Siempre cada vegada que yo vengo vos soleis levantar por mí, é cada vez que vos llamo, venir; é agora veo que no querédes facer lo uno ni lo otro; mucho me maravillo por qué es? ¿Señor, dijo la Condesa; verdad es que yo así lo solía facer cuando de fuera entrábades é yo estaba sola; mas agora quiero que sepádes que no es así; antes está acompañada de muy mas honrados hombres que vos, é mas poderosos, como que tengo so este mi manto dos reyes, é el uno dellos es rey é duque, é el otro es rey, é el tercero es conde; porque bien debédes entender que no sería razon de dar esta honra á vos, é quitarla á ellos, que están folgando é tomando placer.» Cuando esto oyó el Conde no entendió bien por qué lo decía, é fué maravillado, creyendo que lo decía por vanidad de los placeres que las madres toman con los hijos; é fuéle

partiendo la saña, é dijole que le rogaba que nunca aquella palabra dijese ante hombre del mundo, ca tal persona gelo podría oír, que gelo ternía por escarnio é á muy gran locura. «Par Dios, dijo la Condesa entonce, no lo digo con locura ni otro escarnio ninguno, ni fablo en devaneo ni en son de otra ufanía; ante lo digo bien en verdad é en toda cordura, é es verdadera profecía; ca así será, queriendo Dios, é así es otorgado del dicho por el ángel, que el uno destos nuestros hijos sería rey é duque, é el otro rey, é el otro conde.—¡Ay Condesa! dijo el Conde; nuestro Señor, que recibió muerte por nos, mande que sea así como vos decidis.» E entonce fuéle la saña, é cesaron las razones, que no digieron mas de los niños; mas todavía el padre é la madre los criaban lo mejor que ellos sabían, é mas viciosamente, fasta que Gudufre, el mayor, hobo diez años, é los llegaron á su tiempo, según la edad que habían; é entonce ficiéronlos aprender á leer, é á esgrimir, é á juegos de ajedrez é de tablas, é otrosí á todas maneras de caza de hofordar, é de todas las otras cosas que convenía á caballería é á fecho de armas; mas no habían mucho trabajo los que gelo mostraban; ca ellos lo aprendían tan bien, que no habían los maestros á tomar gran afán, lo uno por los buenos corazones que habían, lo otro porque el noble caballero del Cisne, donde descendían, que los guiaba á ser agudos é engeñosos é buenos.

CAPITULO CLII.

Cómo Eustacio, conde de Boloña, armó caballero, día de Pascua de Resurreccion, á su hijo Gudufre é á otros cincuenta, é de las armas que le dió.

Cuando Gudufre, el hijo primero del conde Eustacio de Bullon, é de Ida, su mujer, duquesa de Bullon, hobo diez é seis años, fué tan fermoso é tan bien facionado de todas las cosas, que ningun hombre de sus días lo podría ser. Entonce el padre aderezó para ser caballero, é otros cincuenta con él, que él armó ese día que lo él fué, todos hijos de altos hombres é muy honrados. E esto fué en el mes de abril, el día de Pascua de la Resurreccion; é las armas que el duque Gudufre hobo, que le dió el Conde, su padre, fueron las mas ricas que hombre podría ver aquella sazón; ca la loriga é las brafoneras eran aquellas muy preciadas que trujera el rey Tibalt de Arabia, que llamaban por sobrenombre Esclavion, el día que su tío Abderramen, rey de Córdoba, venció la batalla de Alisanip, que es en Provenca, do hobo muy gran mortandad de cristianos; é otrosí el yelmo era tal, que sería caro de comprar por dinero, ca él era de muy buen fierro é templado muy maravillosamente; así que, arma ninguna no lo podría falsar; é sin esto todo era muy sabiamente labrado á gran maravilla, é había en derredor dél muchas piedras preciosas é de gran virtud, é encima de la cabeza tenía una carbúncula que daba muy gran claridad. E este yelmo fuera del conde Beltran, que fizo con él muy grandes maravillas de armas é venció muchas buenas batallas; mas la espada que le cñieron fué aquella con que mataron á Agolan, cuando el rey Carlos venció en Pamplona, que fué una de las que traían los Doce Pares, é compañera de la fue-

na espada Joyosa de Carlos, é de Durandarte, la que traía Roldan; é fizolas todas tres un maestro de Toledo, que hobo nombre Galan, que fué uno de los mejores maestros de espadas que hobo en el mundo; é aquella trajo después siempre Gudufre, é fizo con ella muy grandes golpes, é muy señalados de otros, é señaladamente en Antioea, así como la hestoria lo dirá adelante. Después que así fué armado Gudufre, trajéronle un caballo baizan grande, é muy fermoso é muy bueno á maravilla, cobierto de un jaspe (1) blanco, obrado á águilas é á leones de oro muy ricamente; é él cabalgó en él, é fizo cabalgar á todos los caballeros noveles que él ficiera; así que, todo hombre que lo viesse entendería bien en su vista tan solamente, porque tenía presencia de hombre de gran manera é de muy gran honra é de muy grandes fechos; é la Duquesa, su madre, tomaba de verle muy gran placer, ca veía en él señales de certidumbre de su profecía é de la esperanza que dél había. Entonce salieron á un gran campo que había fuera de la villa, é ficiéron muchas justas é quebrantaron muchas astas de lanzas en sí, é ficiéron otros muchos juegos é apuestas para usar é aprender fecho de armas; mas cómo Gudufre lo facía é cuán apuestamente, esto era muy grande é placentera cosa de ver; é el Conde mesmo fué á verlos, é levó consigo á la Duquesa, su mujer, é sus hijos los otros dos; é salieron, otrosí, allá todos los altos hombres é la caballería toda, que ahí eran, é ficiéron todos muchas é muy grandes alegrías á maravilla ellos en su manera, é de la otra parte los juglares é los de las trompas é los de los añafles é de otros muchos instrumentos de música; de manera que cualquier que los viese juzgaria ser tal fiesta hecha á persona de alto merecimiento, é estovieron en esto bien fasta la hora de las visperas; é entonce tornáronse el Conde é la Condesa con su novel caballero para el palacio, é todos los caballeros todo aquel día tovieron gran corte é rica é mucho honrada. El Conde é Gudufre, su hijo, dieron sus dopes muy ricos, é otrosí, todos los honrados hombres que á la corte vinieron, á juglares é allí do mas entendieron que cumplía; así que, todos se partieron muy pagados dende.

CAPITULO CLIII.

Cómo el conde Eustacio de Boloña aderezó á su hijo Gudufre, é de cómo le dió quince caballeros de los noveles de los que él escogió, é cómo se despedió dél.

Cuando fué otro día en la mañana, el conde Eustacio se levantó é fizo llamar á Gudufre, su hijo, é dijole de cómo tenía por bien que se fuese para el Emperador, é que le pidiese merced que le diese el ducado de Bullon que toviese dél, ca él gelo otorgaba cuanto era en él; é su hijo Gudufre respuso que faría su mandado muy de grado. E entonce el Conde, su padre, aparejóle quince caballeros de aquellos noveles que Gudufre mesmo había fecho que fuesen con él; é dióle todas aquellas cosas que entendió que eran menester, por que mejor é mas apuesto, é mas ricamente, é mas honra-

(1) Es el Aygolante de la *Historia de Carlomagno y sus doce Pares*.

do pudiese ir, é envióle luego; é por facerle mayor honra, fué con él fasta Sant Omer; mas cuando se hobo á partir de la madre, allí fué grande el abrazar é el besar, é el llorar que ella fizo con él, como que se partía de la cosa del mundo que mas amaba. E él besóle entonces las manos, é despidióse della, é rogóle que rogase á Dios por él, que le guiasse á su servicio, é lo ayudase en todos sus fechos, é que le diese su bendición, lo que ella bien é cumplidamente é de todo corazón, esa hora é siempre despues fizo. E entonces partiéronse de en uno, é anduvieron tanto, fasta que llegaron á Sant Omer; é otro dia en la mañana cabalgó con su compañía é despidióse de su padre el Conde, é besóle, otrosí, la mano, é besó á sus hermanos, que vinieron allí con su padre é con él, é despidióse dellos; é el padre despidióse dél, é dióle su bendición, é lo encomendó á Dios, é él metióse en su camino.

CAPITULO CLIV.

Cómo Gudufre llegó á Maenza, do era el Emperador, é cómo fué muy bien recibido.

Agora dice la hestoria que cuando Gudufre de Bullon se partió de su padre é de su madre para ir á la corte del Emperador, levó consigo quince caballeros, todos muy mancebos é muy apuestos, é todos de muy alta sangre é de un linaje; é todos muy bien aparejados, á gran maravilla, de armas é de caballos, é todas las otras cosas que menester habian; é anduvieron tanto por sus jornadas, fasta que llegaron á Maenza, do era el Emperador; é entraron en el gran palacio, é Gudufre preguntó por él, é los caballeros le dijeron que estaba en una cámara hablando de Bretaña; é él fué luego allá con todos sus compañeros, que no habia ninguno dellos que no fuese vestido de paños de seda con oro é perlas veras; é cuando vinieron ante el Emperador, Gudufre fincó los hinojos primeramente, é besóle el pié, é díjole de cómo venia á él á la su merced. E el Emperador le preguntó que quién era ó de cuál tierra, é él le contó todo su linaje, é díjole cómo habia nombre; é cuando el Emperador lo entendió, plúgole mucho, é comenzó de abrazar é á hacer muy gran alegría con él.

CAPITULO CLV.

Cómo una doncella se vino á querellar al Emperador del castellan Guion de Montefalcon, que la tenia tomada la tierra que le dejara su padre, por fuerza.

En tanto que el Emperador así estaba hablando con Gudufre de Bullon, é haciendo gran gozo con él, vino una doncella ante él, que fuera hija del señor de un castillo, que habia nombre Iven, que fincara huérfana sin padre é sin madre; é traía consigo fasta diez caballeros, que eran sus vasallos, é ella era muy hermosa á gran maravilla, é venia muy bien vestida; é cuando llegó ante el Emperador, dejóse caer á sus piés, é lloraba muy ríciamente, é comenzó á pedir merced que oyese su querella. E el Emperador le respondió que dijese qué quería. E entonces ella comenzó á querellar de su primo cormano, que habia nombre

Guion, castellan de Montefalcon, que la tenia despoñida de cuanto la dejara su padre por heredad; é esto que lo non facia por otra cosa sino porque sabia que no habia quien la compliese de justicia, ni quien la defendiese por armas. Cuando el Emperador oyó así hablar á la doncella, envió luego por Guion de Montefalcon. E el mensajero que el Emperador envió á Guion, luego que le hobo dado las cartas é le hobo dicho su mandado, cabalgó el castellan con treinta caballeros, é fué para Maenza, do era el Emperador; é de la otra parte vino la doncella, é comenzó á querellar llorando ante el Emperador, que aquel su cormano le habia tomado todo su heredamiento despues que viera que su padre era muerto, é que no habia fermano ni otro que la defendiese. Cuando esto oyó Guion levantóse en pié, é dijo así al Emperador, de guisa que todos lo oyeron: «Señor, cuanto esta doncella dice todo es mentira, é no la debedes creer, ca ha muy poco seso, como aquella la cual su padre metió en órden antes que finase, é heredó á mí de toda la tierra, porque era su sobrino, fijo de su hermana; é esto só yo aparejado á mostrar que es así á todo hombre que lo quiera defender por armas, é dóvos estos guantes en señal.» Cuando esto oyó la doncella, comenzó á rogar á aquellos caballeros que venieran con ella que la defendiesen á derecho é lidiasen por ella; mas no hobo ninguno dellos que lo osase hacer: tanto temian al castellan Guion.

CAPITULO CLVI.

Cómo el castellan Guion dió el gaje al Emperador en demostranza que lidiaria con Gudufre.

Despues que el emperador Otto tomó el gaje que le diera el castellan Guion en señal de lidiar, mandó luego á los altos hombres de su consejo que entrasen en la cámara do solian juzgar, é que catasen cómo habian á hacer en aquel pleito. E ellos ficiéronlo así; é desque hobieron su consejo, dijeron que, pues que el caballero llamaba á lid, si la doncella no habia quien lidiase por ella, que habia perdida la tierra de aquel dia adelante, segun la costumbre antigua. Cuando la doncella esto oyó, rogó á sus parientes é á sus vasallos que la acorriesen, é no la dejasen así desheredada; mas no hobo ninguno dellos que lo osase hacer: tanto eran flacos de corazón; é respondieron que antes se dejarían matar que lidiasen por ella, maguer entendían que rescebia tuerto. Cuando la doncella esto oyó, comenzó á llorar, é á rogar á Dios é á todos los santos que le valiesen, pues que en los hombres no fallaba recabdo ni acorro, ni aun en aquellos en quien habia mayor fiducia. E despues que aquesto hobo dicho, comenzó á hacer un llanto tan esquivo é tan grande, que todo hombre que lo viese habria dello muy gran piedad. Cuando Gudufre de Bullon, que estaba á piés del Emperador, esto oyó, levantóse é habló con el Emperador aparte, é rogóle por Dios que le dijese si habia aquella doncella tamaño derecho en aquella heredad como decia; é el Emperador le respondió que sí; ca sabia ciertamente que era de su abuelo é que su padre la toviere siempre, é que no dejara otro fijo ni otra hija sino aquella doncella. Cuan-

do esto oyó Gudufre de Bullon, dijo así al Emperador: que pues él sabia la verdad del fecho, que queria hacer aquella lid por aquella doncella en todas guisas; é luego llamó á la doncella, que estaba llorando é haciendo muy gran duelo, é díjole: «Amiga, dejad el llorar, ca por amor de Dios yo quiero ser vuestro abogado é lidiar por vos; mas creed que esto no lo fago por cobdicia de tierra ni de haber, sino porque entiendo que rescebis agravio.» E cuando esto hobo dicho, tomó la punta del manto, é diólo por gaje al Emperador en señal que queria hacer la batalla. E la doncella, cuando esto vió, dejóse caer á sus piés, é gradesciólo mucho humildemente. E luego que el Emperador hobo rescebido el gaje de Gudufre de Bullon, demandó á la doncella que le diese rehenes para estar á derecho, segun era la costumbre de la tierra; é ella díjole dos escuderos, sus primos cormanos, é el Emperador le dijo que aun queria mas. Entonces rogó la doncella á los parientes é vasallos que allí habia que, pues no querían lidiar por ella, siquiera que fuesen sus rehenes; é ellos respondieron que lo non farian en ninguna manera: tanto temian al castellan Guion é la bondad de armas que en él habia. Mas alguno de los que allí le faltaron aquel dia hobo despues á caer en gran yerro, é hobo de perder la heredad é cuanto habia. Cuando la muy hermosa doncella vió que todos sus parientes é amigos le fallecian, vino ante el Emperador llorando muy fieramente, é dejóse caer á los sus piés, é pidióle por merced que, pues no fallaba quien entrase por ella en rehenes por defender su derecho, que ella mesma queria entrar con aquellos dos sus primos cormanos; é el Emperador gelo otorgó. E de la parte del castellan Guion fueron quince caballeros dados en rehenes; é tomolos todos el mayordomo del Emperador, que habia nombre Enrique, que estaba de mano del mayordomo mayor. E luego el Emperador mandó traer las arcas de las reliquias, é pusieronlas sobre una mesa en medio del gran palacio, é cubrieronlas primeramente de muy ricos paños con oro; é luego vinieron amos á dos los caballeros que habian á lidiar; mas el castellan Guion dijo que juraria primeramente, é puso las manos sobre las reliquias, é juró así como agora oírídes.

CAPITULO CLVII.

Cómo el castellan Guion é Gudufre juraron por las reliquias, cada uno que tenia derecho.

La jura que fizo el castellan Guion fué esta: «Yo juro á tí, caballero que quieres lidiar conmigo, por estas reliquias que aquí están en esta arca, que yo debo haber esta tierra, é soy della poseedor, é ninguno no ha tamaño derecho en ella como yo; é á esto te combatiré el mi cuerpo al tuyo.» Cuando él esto hobo dicho, respondió Gudufre de Bullon, é díjole que mintia en cuanto allí decia, como aquel que era perjuro del juramiento que ficiere; é en diciéndole esto, tomóle por la mano, é tiróle tan de ricio contra sí, que, maguer era buen caballero é valiente, hobiera á dar con él en tierra. E la jura que fizo, otrosí, Gudufre de Bullon fué esta: que él juraba por nuestro Señor Jesucristo, que nas-

C-U.

ciera de santa María Virgen, é por aquellas reliquias é por todas las otras que eran en el mundo, que él creia que aquella tierra debia ser de aquella doncella, é gela tenia el castellan por fuerza, é que sobre eso lidiaria con él. Cuando esto oyó el castellan Guion, fué muy sañudo; así que, toda la color se le demudó, é dijo á Gudufre de Bullon: «Par Dios, varon, mucho vos veo atrevido; mas ante que sea hora de visperas vos castigaré yo con la mi espada, de guisa que otra vegada no diréis tales palabras como estas que agora decís.» E Gudufre no quiso responder á aquello que decia; mas demandó luego por sus armas, é el otro eso mesmo: é trajérongelas á Gudufre luego, loriga é brafoneras, é espada é yelmo, tal como de suso habédes oído; é otrosí le trajeron un caballo bayo, grande é hermoso á maravilla é muy bueno; así que, en toda Alemania ni en Francia no habia otro tal. Mas el castellan estaba armado en una cámara muy hermosa, tan ledo é tan seguro como si no hobiese miedo ninguno; catando veía niño á Gudufre de Bullon, é no oyera decir aun dél ningún fecho de armas, que no le preciaba nada, ante cuidaba hacer dél á su voluntad; mas en esto le falleció su seso; ca alguno piensa en el principio ser bien andante, que á la fin se arrepiente. E así aconteció aquel dia al castellan Guion, así como adelante oírídes.

CAPITULO CLVIII.

Cómo los caballeros fueron metidos en el campo, é de cómo Gudufre mató el caballo de su contendor Guion de Montefalcon.

Lunes, otro dia de Cincuesma, cuando los lidiadores hobieron dado rehenes por sí, é fueron armados como de suso habédes oído, oyeron amos á dos misa en la mayor iglesia de la ciudad, é despues cabalgaron en sus caballos, é fueron en uno fasta que llegaron al campo do habian á lidiar, do los estaban atendiendo en derredor del campo, porque vinieran allí, por ver aquella lid, de muchas partes. E entonces el Emperador mandó á dos sus ricos hombres que fuesen fieles é guardasen el campo, é ellos levaron consigo bien trecientos caballeros, para guardar que ninguno no se llegase á los lidiadores, ni les mostrase á hacer ninguna cosa por palabra ni por señal. E luego que los lidiadores entraron en el campo, é les hobieron partido el sol, é apartado á cada uno dellos en el lugar donde habian á mover, descendieron de los caballos é echáronse en tierra en cruz, é fizo cada uno dellos la oracion que sabia, rogando á Dios que le ayudase. E Gudufre de Bullon, que era leal é de buen talante, llamó primeramente al castellan Guion, é díjole así: «Amigo, ruégovos que creais mi consejo: vos sabédes en cómo desheredastes á tuerto é sin razon aquella doncella, vuestra prima cormana, de la herencia que le quedara de su padre; así que, no le dejastes ni villa ni castillo, ni otra cosa en que guarescer pudiese, en que creo que fecistes gran tuerto é gran pecado; é yo, que soy aquí por demandar derecho, vos ruego que ante que vengamos á mas entre mí é vos, que le dédes su tierra, casi otra cosa ficiédeses será pecado; é Dios, que es justiciero, vos lo demande, é yo vos lo demandaré cuanto pudiere.» Cuando esto oyó el castellan Guion, respúsole